

Siga, pues, la letanía paralipoménica.

Capítulo XVII. David se decide á construir el templo, Jehová, por medio del embajador, digo, del profeta Nathan, le envía á decir:

«Aquesa obra, gran rey,
para otro está guardada.»

El otro de esta parodia de nuestro Romancero era... Salomón. David da gracias á Jehová cantando, porque fué un *cantaor* de primera fuerza.

Nota. No se acompañaba con guitarra, como Juan Breva. Se acompañaba con arpa, como los italianos que con arpa se acompañan.

Capítulo XVIII. Habla de las guerras y victorias de David, de los tributos que impuso á las tribus á quienes apaleó, á las cuales el hiperbólico Espíritu Santo llama naciones, y de los ministros y generales que tuvo. ¿A qué detenerme en esto, cuando en los Reyes lo hice y hasta me permití comparaciones judaico - conservadoras que el diablo me perdone?

Gazapos de este capítulo. El verbo *herir* se emplea como sinónimo de derrotar. A un Joram de los Reyes se le llama aquí Adoram. A los sirios se les llama idumeos y moabitas, *et sic de cæteris*.

Capítulo XIX. Se cuenta la rasura de cabezas que un rey ammonita ordenó que hicieran por insulto á los embajadores de David, y las desastrosas consecuencias que tuvo esta burleta peluqueresca. Véase lo que dije en el lugar correspondiente de los Reyes, pues ya que el Espíritu Santo se cita á sí mismo, bien puedo yo permitirme este lujo.

Gazapo. En una batalla contada en los Reyes, se dice que el ejército ammonita se componía de 80.000 infantes; aquí, corriéndose el señor Espíritu Santo, presenta en línea la friolera de treinta mil carros. ¡Eche usted *jigos!*

Capítulo XX. Guerras y más guerras con los ammonitas y filisteos, David va de bien en mejor:

Se presenta en escena un gigantón con seis dedos en cada mano y otros seis en cada pie. El P. Scio, sublime matemático, echa la cuenta de tanto dedo, y como no se manaba ninguno de los suyos, el preclaro anotador halla que *en todo eran veinticuatro dedos*. ¡Oh pasmo aritmético-teologizante!

Capítulo XXI. El señor David se mete á director de estadística y el Sr. Jehová se atufa, y sobreviene aquello de la peste de que hablé larga y tendidamente en su oportuno lugar.

Gazapo casi conejo. David, el inspirado David, grita en el versículo XIII: *pero más me vale caer en las manos del Señor, porque son muchas sus misericordias, que no en las manos de los hombres*. Algunos siglos después el inspirado San Pablo, en carta á los hebreos, capítulo X, versículo XXXI, exclama: *Horrenda cosa es caer en las manos del Dios vivo*.

¡Ateme V, al señor Espíritu Santo por sus inspiraciones! Al menos que haya una errata en lo dicho por San Pablo, y que deba leerse como yo imagino: *Horrenda cosa es caer en las manos (vuelgo ruedas) del Tio-Vivo*, no me atrevo á conciliar los textos ó tiestos supracitados.

Capítulo XXII. Recomendaciones de David á Salomón y los príncipes de Israel, al primero para que le fabrique á Jehová una buena casita, y á los segundos para que le ayuden en la obra.

Gazapo. Salomón tenía entonces sobre 17 años, y ni por piensos soñaba con la corona de David. Tenía por delante á Amon, Absalom y Adonías y otros caballeritos hijos del rey. Léase, en descargo de mi puntadita al Espíritu Santo, la comedia de Calderón de la Barca *Los cabellos de Absalom*, que, aunque bastante maleja, se atreve á corregir indirectamente este pasaje de la recomendación á Salomón.

Idem de la casta conejil. El bueno de David dice, como si nada dijese, que para la construc-

ción del templo deja acumulados cien mil talentos de oro y un millón de talentos de plata.

Aritmeticemos un poquito.

Cien mil talentos de oro, por un versículo del Exodo, se saca que pesaban trescientas veintiocho mil arroba de oro.

Ahora bien, digo, ahora mal para el Espíritu Santo. 328.000 arrobas castellananas de oro, hacen 131.200.000 onzas de oro y valiendo cada onza de oro 16 duros, componen 2.099 millones de duros, mas el respetable pico de 200.000 dureses. Reduciendo estos duros á reales de vellón, resulta que el pobre David, en oro purísimo, sin liga alguna de cobre, reunió para la construcción del templo

41.984.000.000 de reales.

¡Reales son! Pero sigamos ajustándole las cuentas al Santo Espíritu:

David reunió además

Tres millones doscientas ochenta mil arrobas de plata

Que hacen, poniendo á onza por duro,
26. 560.000.000 reales.

Y sumando los reales en oro con los reales en plata, sacamos en plata también

41.984.000.000 oro
26. 560.000.000 plata.

68.544.000.000 reales.

Que es la mayor barbaridad, después de la barbaridad de las perdices de que hablé respecto á Moisés en el desierto, de las infinitas barbaridades que ha inspirado el Espíritu Santo.

¡68.544 millones!

Bien se conoce que jamás tuvo en su bolsillo del chaleco el tal Espíritu Santo tres pesetas.

Porque, fijate para que te reias más á tus anchas, lector, fijate y verás, que si la inclita, excelsa y austriaca reina gobernadora que actualmente (13 Enero 1886) nos gobierna á los

españoles, en vez de constitucional fuese absoluta, y absolutamente decretase que todo lo que pagamos los españoles de contribución, incluso lo que le pagamos á ella, su suegra, sus cuñadas, hijas y primos más ó menos de afinidad, lo acumulase Camachito, el Neker fusionero, para construir otro templo á Jehová ú otro cualquier Dios, aunque fuese el Dios Memo, tendría que estar acumulando ochavos, pesetas, duros, centenes, onzas y cuanto cayese en sus garras por espacio de

¡23 AÑOS!

¡Quién se los asegurase á él de vida ministerial á la reina de vida gobernadora y á mí y á tí de vida natural para reírnos de estas exageraciones espirituantescas, ó sease barbaridades numeriles; Qué bien dije cuando dije: «el que hambre tiene, con pan sueña.» Como el Espíritu Santo nunca tuvo tres pesetas, al hablar de dinero desbarra.

Cap. XXIII. Hace rey David á Salomón. Se señalan los pretextos ó destinos con que los levitas, ó sean los curas judíos, comían sin trabajar, á costa de los tontos, ni más ni menos que los otros curas de las otras religiones. Como pareciesen pocos todavía los levitas, se les agregan los hijos de Moisés, que, aunque profeta máximo, se dedica á la procreación de un modo que asusta, al ver ahora los que *salieron de sus lomos* ilustres. Esta frase subrayada es bíblica. Lo advierto, porque no quiero pasar por escritor *naturalista*. Allá el Espíritu Santo, Zola y sus imitadores se disputen esta gloria: yo á Cervantes me atengo, y de su *Coloquio de los perros* no paso.

Gazapos. Chiquitos, por lo general, pues consisten en la variación de nombres. El venerable P. Scio, en sus notas, achaca esto al *idiotismo* de la lengua hebrea, y lo creo sin que sal-

ga de su sepulcro á jurármelo. Siempre creí que sólo en una lengua *idiota* pudieran escribirse ciertas cosas de las que voy anotando.

Cap. XXIV. Indigesta, gazapesca y tonta narración de familias sacerdotales y los destinos que desempeñaron.

Cap. XXV. Idem, idem, idem.

Cap. XXVI. Idem, con la única diferencia de que los destinos son de los de escalera abajo, que diríamos hoy, como porteros, perreros, sacristanes, etc.

Cap. XXVII. Se habla de doce caudillos que por meses gobernaban el ejército y otras cosas tan rematadamente tontas como estas, por lo antiguas, y sobre todo, porque el saberlas ó ignorarlas no hace nacer un solo grano de trigo más en los campos de Castilla. Los gazapos genealógicos abundan.

Cap. XXVIII. David, antes de morir, como es natural, echa un largo discurso, diciendo que así que cierre el ojo se haga el Templo y le da á Salomón diseños y dineros.

Texto. Todas estas cosas, dijo, me vinieron á mí *escritas* de la mano del Señor, para que entendiese todas las otras del diseño.

Esto es piramidal. Jehová escribe á David. ¿Sería por el correo interior ó por el exterior? ¡Oh sublime versículo, digno de las más profundas meditaciones! ¡Quién tuviera luz del cielo suficiente para rastrear en tus líneas si en tiempo de David se pagaba ya cuarto del cartero!

Cap. XXIX. Se cuentan las ofrendas que para la construcción del templo hicieron los príncipes y el pueblo, lo que permite suponer que, si nosotros quisiéramos hacer otro igual, además de acumular Camacho las contribuciones todas de veintitres años, todavía tendríamos que agregar algún donativo voluntario forzosamente. ¡Por Jehová, carísimos compatriotas míos, ilustrisi-

mos y despreocupadísimos españoles, que no se os ocurra semejante atrocidad!

Echa David un montón de bendiciones á Jehová y después le pide... protección para Salomón y para los contribuyentes israelitas, que bien la necesitaban. Después, no teniendo cosa mayor que hacer, se muere.

Y colorín, colorado, el primer libro de los Paralipómenos queda anotado.

LXXII

LIBRO SEGUNDO DE LOS
PARALIPÓMENOS

El segundo de estos mamarrachescos libros, que las *Biblias* protestantes llaman *Crónicas*, quizá por evitar con este nombre vulgar y corriente, el ataque de risa á que predispone el enrevesado de Paralipómenos, es aún menos digno que el primero de mis pedestres comentarios á cosa tan alta, trascendental y superferolítica como es la teología, que Dios funda y el Demonio confunda, en descargo de los manicomios sea dicho.

Consta de treinta y seis capítulos, que tasados á su precio natural, en el mercado del sentido común, apenas valdrían una peseta cabal; porque las pesetas es lo único que hay inmutable en España. Pasan reyes, vienen repúblicas, vuelven reyes, se irán de nuevo, y de nuevo se irán también las repúblicas; pasará hasta la fama de conservador que tantos afanes le ha costado granjearse á Castelar, pasará Carulla, y quizá hasta pase una monedilla falsa de dos duros que me metió hace tres días un honrado canovista, sastre por añadidura y hombre de orden si los hay: lo que no ha pasado, ni pasará en España, es el imperio de la peseta, como unidad para apreciar las cosas que se compran y ven-

den, que son muchas, desde una misa, que vale dos pesetas, hasta una acta de diputado ministerial, que las hay hasta de siete mil quinientas.

Esta peseta de *Biblia* nos cuenta la historia de Salomón, repitiendo malamente el Espíritu Santo lo que nos dijo en los *Libros de los Reyes*, que en las *Biblias* protestantes son dos y en las Católicas son cuatro, para que en todo cuanto á la *Biblia* y á la teología se refiere, anden siempre los bonetes por el aire y el buen sentido por los suelos.

Después de la muerte de Salomón, ya sabes que se repartió el reino; y que hubo reyes en Samaria y en Jerusalem, todos malos, muy malos, rematadamente malos, que le hicieron á Jehová infinito número de perrerías, que nos han dado tela larga que reír con nuestros labios. Pues cómo nacieron y se murieron estos reyes, los micos que á Dios le dieron, los palos que dieron ó tomaron, es lo que los Paralipómenos nos cuentan, con alguno que otro detalle insignificante, que se le quedó á Dios en el tintero al *inspirar* LOS REYES. Algún que otro gazapillo salta también en este campo cubierto de espiritual alfalfa, pero no fuera yo quien soy, si me echara la escopeta á la cara por semejantes menudencias, cuando diviso ya el santo monte del Calvario, á que con tanta fatiga me voy encaminando, en que he de hallar caza mayor en tanta abundancia, que temo se me agoten las municiones.

En el último libro de los reyes dejó Jehová á sus israelitas hechos una lástima, recibiendo azotes de los asirios que se los llevaron á Babilonia por esclavos. Aquí en los Paralipómenos, acaba la historia manifestándonos que, después de sesenta años de amolamiento de sus elegidos, para dejar en buen lugar al profeta Jeremías, un llorón con quien ya te haré hacer conocimiento,

lector amigo, Jehová se compadeció de los hebreos (que al fin y la postre Jehová era blando de entrañas, después de ser duro) y tuvo la ocurrencia de *despertar el espíritu de* *Ciro, rey de los persas*, despertamiento de que las historias no inspiradas por el Espíritu Santo, que del buen *Ciro* nos hablan, no dicen una palabra, quizá porque los que las escribieron hacían de Jehová el caso que hago yo y te recomiendo que hagas tú, lector, si quieres vivir sano y morirte de la última enfermedad.

Así que el dormilón de *Ciro*, por voluntad de Jehová se despertó, puso por escrito lo que éste le dictó, y con ello aderezó un decreto, que á tiempo de acabar de inspirar los Paralipómenos, el Espíritu Santo no conocía aún por entero, razón por la cual solo se inserta en ellos la cabeza. El cuerpo de este edicto llegó al fin, años más adelante, á noticias del revelador, y aparece completo en el libro de Esdras.

Y pregunto yo ahora: ¿No es, de todas las majaderías, la mayor, que á estos librotos paralipóménicos y pendejos, se les califique de inspirados por Dios, esenciales á la felicidad humana, indispensables á la pública moralidad, como parte integrante que se hace de ellos de la palabra divina, base y fundamento de toda moral pública y privada? ¿No es de todas las estupideces la estupidez mayor, que para el sostenimiento de instituciones sin otro fundamento histórico ni racional que libros como éste, el pobre labrador de Castilla esté todo el santo día abriendo surcos para hacer producir á la tierra el trigo de que ha de pagar los diezmos y primicias? Contribución del culto y clero se llama esta figura retórica, importante cada un año cuarenta y dos millones de pesetas, que acumulamos los momos, en forma de momios, que disfrutan los *Momos*. *¿Quousque tandem soltarevis dineris tontorum españolorum?*

LXXIII

EL LIBRO DE ESDRAS

Es el primero que topo en la *Biblia* con sentido común, y esto por la sencillísima razón de que no le escribió, ni tan siquiera le inspiró el Espíritu Santo, sino persona de mejor mollera que un palomo, como consta que fué el ciudadano Esdras, judío de mucho gancho y de mucho metimiento con Artajerjes, rey de Persia, descendiente de aquel Ciro que despertó Jehová para que diese suelta á sus por setenta años amolados y esclavizados israelitas.

Comienza este libro con el decreto de Ciro, dando permiso á los judíos para regresar á su tierra, y reconstruir en la abatida y desolada Jerusalén el abrasado Templo que Salomón edificó á Jehová el año...

Iba á decir una tontería, porque seguramente, cuantas fechas se leen en la *Biblia* son pura tontería, pues si me atengo al capítulo VI del *Libro I de los Reyes* me dice que fué el año 480 de la salida de Egipto (que el diablo sabrá cuál fué) y si hago al menudeo la cuenta, como la tengo hecha, con argumentos matemáticos de otros libros igualmente canónicos y mentirosos, saco á los 580 de la supradicha salida, que ya llamé á su debido tiempo escapatoria. Y un siglo (cien años de diferencia) me parece razón suficiente para saber que toda fecha bíblica, más que fecha es filfa, cosa útil de saber, pues de saberla se hubiera ahorrado el viejo y bilioso y vidrioso obispo de Avila, el berrenchín que se tomó, cuando mi amigo Morayta le plantó un par de banderillas al sesgo á la fecha, digo, á la filfa de la creación del mundo, que encajó el *Génesis* hace poco más de seis mil años.

Pero volviendo á Ciro y al Templo, diré que el primero dió permiso de reconstruir el segundo,

en un decreto en que dice que Jehová le había dado todos los reinos de la tierra (¡eche usted reinos!) y le había mandado hacer una casa en Jerusalén.

Es gracioso esto de mandar Jehová á un pagano como Ciro que le haga casa, pero es más gracioso ver, como el cuco del rey persa les echa el mochuelo de la albañilería y carpintería á los hebreos sobre las costillas. Y más gracioso aún observar como 42.370 desdichados, hartos de llorar sus penas á orillas del *gran río* (así llaman al Eufrates los libros bíblicos), echan á andar con sus pollinos y caballerías mayores camino de Jerusalén.

Como un judío jamás deja de sacar carne en las uñas, sacan los nuevos emigrantes á Ciro 5.400 chirimbolos de oro y plata, en forma de tazas y tazones para el culto que se proponían restaurar.

Libreme, no Jehová, el de los enfados y desenfados, sino el Dios que yo me tengo fabricado, que á semejanza del caballo aquel que no comía, ni bebía, ni orinaba, ni relinchaba, es uu Dios inofensivo y á la pata la llana, que se conferma de todo en todo con mi buen humor permanente á costa de presbíteros, libreme este Dios, repito, de burlarme de aquellos hijos de la esclavitud, cuando al llegar á Jerusalén en el capítulo III, á las órdenes de Jesuá y Zorobabel, revuelven las cenizas de la ciudad de sus padres para buscar piedras con que alzar un altar á Jehová.

Considero que los pobrecillos tendrían el corazón chiquito como una avellana, y los ojos más húmedos que un mes lluvioso, como el que vamos atravesando, al ver cómo Jehová había sentado en sus posaderas las manos que habíanle hecho levantar las perrerías de sus padres. Y me figuro, además, que de todo corazón se pondrían portarse de allí en adelante, por todos los siglos de los siglos, como buenos muchachos

con un amo irrecusable, que de tan bárbara manera castigaba en los inocentes los delitos de los culpables.

Al fin, al patriotismo, aunque sea el patriotismo de un judío, que no viene á ser más grande que una onza de oro, hay que hacerle un lugar en estas NOTAS, y aquí le encuadro en forma de un morazo peludo y aguileno de nariz, viniendo descalzo y harapiento de Babilonia á Jerusalem por permiso de Ciro, y llorando á moco tendido de rodillas en un estercolero de aquel solar escogido por Jehová por habitación eterna y santísima.

«Genio y figura hasta la sepultura». Esto que se dice de los individuos podría aplicarse á los pueblos. A los dos años de la vuelta á Jerusalem, ya empiezan los levitas á ejercer el inútil y tonto sacerdocio, que se comía al pueblo por los pies, levitas y no levitas á cantar y rezar, á llorar y jolgorear, viendo como los cimientos del nuevo Templo comenzaban á barbear la tierra.

¿Podrá nadie extrañar que un pueblo que en vez de ejército organiza curas, y en vez de fortalezas lo primero que construye es una iglesia, se vea, como hoy se vé, extranjero en todas las naciones y odiado en toda la superficie del planeta?

No: el que lo extrañara demostraría no saber que un teólogo, es de todas las cosas del mundo, la mejor dispuesta á la servidumbre. Pensando en Dios se pone tan ensimismado, que el primero que pasa le caza como á un conejo.

Los descendientes de los traídos por Nabucodonosor á Judea, así que vieron que lo del Templo iba de verdad, pensando, y pensando cuerdamente, que un Templo es una mina, se llamaron á la parte en el trabajo para compartir más tarde las utilidades.

Trato honrado si los hay; pero los judíos dijeron llamarse andana. Con lo cual los otros se

atufaron y les enseñaron los dientes. Resultado: que la obra se paralizó por todo el reinado de Ciro, que por lo que se vé hizo tanto caso del mandato de Jehová, de que en su decreto hablaba, como hice yo de las excomuniones con que me honraron 46 obispos. Cuando muerto éste, el nombre enrevesado de Artajerjes apareció en el trono de Persia, los residentes no judíos á los venidos de este linaje armaron pleito, con una denuncia en carta que al monarca hicieron de estarse reedificando la ciudad y el Templo, y Artajerjes sofocó la nueva intentona de construcción, cosa que aparece un poco confusa en el texto, como es de rigor bíblico.

En el capítulo V aparecen dos profetas, Haggeo y Zacarías, que echándose el alma á la espalda y á Jehová en la boca, para que pareciese que cuanto hablaban lo tartamudeaba en sus gargantas el Altísimo (que es uno de los innumerables motes de Jehová) acometen la obra de la reedificación. Sobreviene un capitán persa, titulado Tatnai, acompañado de una especie de bachi-bozu llamado Sethar-boznai, y encarándose con los profetas les pregunta:

«¿Quién os dió mandamiento para edificar esta casa y reedificar estos muros?»

Entonces les dijimos, dice textualmente la Biblia, lo que indica que escriben los que hablaron, es decir Haggeo y Zacarías, lo que no es verdad, como más adelante se comprueba. En fin, que en dimes ó diretes, Tatnai se ablanda y se contenta con escribir á Darío, mientras continúan las obras, una carta, que ignoro si le enviaron por el correo ó por propio, pero aparece aquí inserta y puede servir de modelo á cualquier cabo del resguardo que haya urgente necesidad de denunciar alguna conspiración republicana á su majestad la reina gobernadora, que está en el quinto mes de su embarazo, como yo en el V capítulo de este preñado de Aben-Hezra, que la

llaman á Esdras los que lo entienden, el cual aún no ha aparecido en su obra, pues se guarda modestamente para el segundo acto de la representación, cuando la acción dramáticoteológico-patriótica es más interesante.

Darío, al recibir la carta, revolvió de alto abajo su biblioteca (capítulo VI) en busca del libro en que se escribieron las fazañas de sus antepasados. Hallóse en Achmeta un mamotreto, en que constaba una *memoria* del decreto de Ciro sobre el Templo, y le contesta á Tatnai muy cortesmente que no sólo dejen él y sus compañeros á los judíos construir tranquilamente su iglesia sobre las ruinas de la antigua, sino que también les suministren animales para los holocaustos y además sal, trigo y aceite, como si fueran alojados con privilegio. Que al que contradiga esta orden le ahorquen en un madero de su propia casa, bonita y santamente en honra y gloria de Dios, á quien los judíos se encargarían de rezar para que mantuviese al rey y su augusta y real familia, sin novedad en su importante salud.

Y así se hizo, aunque no por completo, pues Alejandro el Magno, dejado de la mano de Jehová, pero muy bien acompañado de bravas falanges macedónicas, dióse un paseito por Asia y alteró gravemente la salud de Darío y de su real familia.

Otro que se encomienda á Jehová y sale con las manos en la cabeza.

LXXIV

En el capítulo VII aparece por fin Esdras diciendo de quién era hijo, nieto, biznieto y tataranieto, sin exhibir documentos legalizados de ninguna clase, quizá porque pensó que esas cosas de ascendencias nadie, y menos el propio interesado, de andar turbias, pudiera ponerlas en claro.

Del texto de este capítulo se deducen dos cosas sin género alguno de duda: la primera, que le escribió Esdras; la segunda, que Esdras no tenía, cuando tal hizo, abuela. Y no precisamente porque fuese muy viejo, y la buena (ó mala) incógnita señora se hubiera naturalmente muerto, pues no consta la edad del nieto, sino porque éste se echa á sí mismo en cada versículo un piropo, y de tener abuela que le alabase, no caería en la ridiculez de la alabancia propia.

El jactancioso judío se llama á sí propio *escriba diligente en la ley de Moisés, doctísimo* y otras cuantas lindezas de este calibre, que estarían mejor dichas por otro. Después de alabarse de palabra lo hace por obra, insertando íntegra una carta, que dice que le escribió el rey Artajerjes *Lonjmano*, que quizá conquistó este mote por lo pesado y machacón que se hacía en sus edictos, si hemos de juzgar los que no conocemos, pero es de presumir que diera, por este en que concede permiso á los judíos para que vuelvan á su tierra con Esdras, y á éste le comisiona que les meta en las molleras la ley de Moisés con razones de horca y apaleamiento, cárcel, multa ó destierro.

Capítulo VIII. Larga é indigesta retahila de los hijos de sus padres que subieron con Esdras á Jerusalem. Una vez nombrados, cuenta Esdras que reunió toda la canalia trashumante junto al río Ahava, y allí la hizo ayunar antes de emprender el viaje, quizá pensando que llevando los estómagos vacíos andarían más de prisa, lo que es un grave error, si hemos de creer lo que enseña el refran castellano de *tripas llevan corazón, que no corazón tripas*.

Cinco meses tardaron en el camino los ayunadores y su caudillo, el diligente, el doctísimo, por propio testimonio. Como se vé, no corrieron, pero canguelos no les faltaron; pues declara Esdras que, sólo por vergüenza, no pidió á Ar-

tajerjes unas cuantas parejas de la Guardia civil de entonces para que les acompañasen. Al llegar á Jerusalem hicieron la gran cuchipanda teológica: degollaron, en honor de Jehová, 12 becerros, 96 carneros, 77 corderos, 12 machos cabríos, y... una vez satisfecha la religión, se los zamparon bonitamente. Esta parte gastronómica del culto judío me agrada siempre que la encuentro. ¿Quién puede comparar la solidez de estas hostias con las miserables obleas que usan los católicos? ¿Qué paladar medianamente educando no prefiriere las primeras?

En el capítulo IX Edras hace una barrabasa, que de otra suerte no fuera personaje dignamente bíblico. Los príncipes (con esta palabra se designan, no los hijos del rey, que entonces por su fortuna, en medio de su desgracia, los judíos tenían á los reyes en entredicho, sino los *principales*, de los cuales te aseguro, lector, que no consta, pagara ninguno arriba de seis pesetas de contribución territorial), los príncipes se acercan á Edras y le dicen que, lo mismo el pueblo que los levitas, haciendo un corte de mangas á la ley de Moisés, estaban amancebados con cananeas, y que los más empingorotados en el sacerdocio y en el magisterio tenían las mas guapas de estas perras, que tantas veces había el buen Jehová mandado exterminar sin piedad.

Edras que tal oye, se hace pedazos el manto, se desgarran la túnica, se pela las barbas y se mesa los cabellos, según la fórmula bíblica de encorajinarse un varón de pró, celoso del culto. Después de estas tonterías, dice que se *sentó triste...* y debiera añadir... y en pelota.

Estúvose hasta por la tarde sentado; después dice se levantó y volvió á rasgar el manto y la túnica, olvidándose de que dos versículos antes los había ya dejado hechos pedazos, y que pudieran venir, andando el tiempo, como ha venido, un *diligente y doctísimo* Ríofranco (imitación de

Edras es esta figura) que le *anotara* el renuncio y la tontería. En seguida se pone á vocear á Dios, y le larga una oración llena de quejidos por la esclavitud sufrida y lamentaciones por las palizas aguantadas, á causa de la perpétua contumacia judaica de hacer de la ley de Moisés el mismo caso que yo de las coplas de Calainos.

A las voces que Edras dirigía á Dios contestaron los judíos por boca de Sechenias, diciendo que en efecto era un gran pecado el haber tomado mujeres cananeas, pero que podía remediarse muy fácilmente, dándolas á todas pasaporte y... tomando otras menos usadas y no menos bonitas.

La proposición, lo declaro, de ser yo judío y andar en este negocio, me hubiera seducido. Dejar una cananea rubia para tomar una hebrea morena, es un pacto signalagmático trilateral, que cualquier librepensador de buen gusto debe estar dispuesto en toda hora á firmar, máxime sabiendo, como se sabe por la teología dogmática, que en el truco se refocila Jehová en las alturas y dos criaturas en este valle de lágrimas.

El discurso de Sechenias, fué, pues, aplaudido con tanto entusiasmo que Edras, aprovechándole con arte hizo jurar á los judíos el truco inmediato. Así acordado por los presentes, da orden Edras de que acudan á Jerusalem todos los benjaministas y judíos para convenir en una medida general y enérgica. El texto dice que el día de la congregación cayeron unos chaparrones terribles que hicieron dar diente con diente á los pecadores con las cananeas. Pensando en qué podrían las israelitas abrigoarlos bien y curarles los reumatismos, convienen sin oposición en lo que Edras pedía, y las cananeas ignoro dónde se irían.

Quizá donde se fué el padre Padilla. Seguramente á llorar su cuita, y renegar á la vez que

de los hombres crueles, que de tan infame manera arrojaban de su lado á las madres de sus hijos, del Dios en cuyo nombre se ejecutaban semejantes canalladas.

Jehová fué su nombre, su mote el Padre Eterno, su emblema un ojo en el centro de un triángulo equilátero, su oficio vago de profesión desde el primer sábado del cómputo eclesiástico, sus explotadores los levitas, sus adoradores los tontos, sus intérpretes unos cuantos chiflados con ribetes de pillos y solapas de tunantes.

Concluye este libro de Esdras con la relación de los que se descasaron, ó se desabarraganaron, dando un puntapié teológico á sus esposas ó concubinas, cananeas, hetheas ó phereceas, jebuseas, ammonitas, moabitas y egipcias, que eran las *reprobadas* en el examen de santidad de matrices hecho por el altísimo, transmitido por el Espíritu Santo y ejecutado por Esdras, el *diligente*, el doctísimo.

Aunque bárbaro, este Esdras es un bárbaro auténtico. Yo al menos tengo por cierto que hubo un hombre de carne y hueso, duro de entraña, agudo de entendimiento, feroz de intención, patriota de corazón y fanático por temperamento, que condujo desde Asiria á Jerusalem parte de los esclavos judios que transportó Nabucodonosor y Artajerjes dejó volver á Judea por causas que nos son desconocidas. Y creo más; creo que éste y no otro fué el autor de todos los libros de la *Biblia* que anteceden, y del que sigue, con el nombre de Libro de Nehemias, en que con más razón que en ningún otro se funda mi creencia.

No bastaba restaurar el templo, como había intentado y hecho en parte Zorobabel. Precisaba restaurar las leyes y autorizarlas. Esdras se tomó este trabajo patriótico y literario. Recogiendo tradiciones, extractando historias, sacrificando piadosas leyendas, zurció su obra, que

fué un monumento para el pueblo judío, que la ha conservado cuidadosamente.

Y esta obra de Esdras, todo lo patriótica, todo lo literaria, todo lo santa que se quiera para su nación, es la que la locura cristiana, para autorizar las más estrafalarias concepciones teológicas imaginables, ha llamado y llama revelación divina, y es lo que constituye el fondo de la *Biblia* en su primera parte, el Antiguo Testamento. Y esta es la famosa base del catolicismo, y esta la palabra inmutable, la moral infalible, á título de la cual ¡oh vergüenza! tantos siglos se viene esquilmando, tiranizando, explotando á la Europa y al mundo... y enviando á los manicomios á tantos infelices como se han devanado los sesos por averiguar por qué regla de cálculo uno son tres y tres son uno, ó por qué arte de recosimiento y zurcido de membranas, María fué virgen antes del parto, en el parto y después del parto.

Valiente tanda de azotes en ambas posas daría yo, si á mano le tuviera, al malandrín de Esdras por tanto embuste como redujo á escritura. No, no le había de librar de la azotaina, el que me dijera que él nunca pensó pudieran nacer en el mundo tantos tontos como han creído las mentiras que su ignorancia ó su patriotismo le hizo creer ó inventar.

Aunque bien reflexionando el punto ¿quién más digno del azotamiento? ¿Esdras que hace á Josué parar el sol, porque así se lo contaron ó lo halló escrito, ó el que tiene esta paparrucha por verdad, después que Copérnico y Galileo explicaron la centralidad del sol y el movimiento de la tierra?

Porque al fin y al cabo, si Sancho inventó el encantamiento de Dulcinea, por su interés lo hizo. El que era loco de balde, era Don Quijote.

Nombre común á todos los teólogos, ó mejor dicho, á los que creen á los teólogos.

LXXV

Así como el vulgo dice que el demonio tiene cara de cochino, simil que hallo un tanto desprestigiante para el (de cuernos coronado) monarca del infierno, podría yo decir que la casualidad tiene cara de Nehemias.

La casualidad, en efecto, tiene hace un mes largo á este buen judío (si es que lo de judío y lo de bueno pueden aparejarse) con su libro debajo del brazo, esperando un rato mío desocupado para presentarse á dar cuenta de su persona bíblica en estas NOTAS, en que ni chico ni grande de cuántos hablaron con Jehová ha de quedar sin su correspondiente mamola.

Fué el caso que, cosa hará de un mes, estando á punto de tomar la pluma para comentar el *Libro de Nehemias*, llamado también, según la *Biblia sacra*, ¡oh piramidal y sorprendente noticia! *segundo libro de Esdras*, aquel tirano de mi buen humor, que se abriga con mis levitas, presentóse al improviso y me dijo:

—¿Qué se hace, Ríofranco?

—Pues aquí donde me ves tan serio, me estaba riendo.

—¿Y cómo puede ser eso?

—Me reía hacia dentro.

—¿Reirse hacia dentro! En la vida había oído yo que nadie se riera de ese modo.

—Es que te queda mucho que oír, amigo Ramón. Del propio modo que se mira hacia adentro, testigos todos los krausistas que se pasan la mitad de la vida mirando de esa manera, lo que les vale muchos tropezones, y de igual manera que se habla hacia adentro, con una voz hiposa y bronca, como puedes tú mismo experimentar cuando bien te parezca; y de la forma misma que se escucha hacia adentro (casi siempre que hace esto un tonto oye una deliciosa mú-

sica celestial), el hombre tiene la propiedad de reirse hacia adentro.

—Quizá tengas razón. Pero dime ¿cuando te ries hacia adentro, de quién te ries?

—¡Donosa pregunta! ¿De quién me río? De tí.

—De tí dirás.

—Es lo mismo!

—¡Un cuerno!

—Dos tiene el diablo y es buena persona.

—¡Siquiera no se divierte en mortificar á sus amigos, como te diviertes tú!

—Que es lo que se quería demostrar, como dicen los estudiantes de geometría al acabar de explicar un teorema. Es así que tú me mortificas, siendo como soy tu amigo, luego eres peor persona que el mismísimo Satanás.

—Contigo cargue... y con tu lógica. Pero ¿qué tienes que tan hosco estás?

—¿Qué tengo? Dí qué traes.

—¿Qué traigo? Una buena noticia: que nos vamos esta noche mismo á Valladolid. Al anochecer tomamos el *express* y hacia la una ya estaremos en la plaza aquella del Ochavo, donde le cortaron la cabeza á D. Alvaro de Luna. ¡Ah! Ríofranco, ¡qué tiempos aquellos! No á los de Don Alvaro me refiero, sino á aquellos en que tú y yo, caballeros en *el Corzo*, ¡te acuerdas? veníamos á galope tendido monte de Torozos adelante para ver yo en el teatro de Lope de Vega *La almoneda del diablo* y tú á una diablesa santomina de ojos negros y pelo rubio, que enseñaba los más blancos y menuditos dientes del mundo, cuando el gracioso decía la relación del burro. ¡Ah, qué tiempos tan felices!

—Como que entonces mandaba yo, todo era risa y alegría. Ahora impones tu carácter serio á nuestra indisoluble sociedad, y todo va manga por hombro, todo se vuelven disgustos y berrinches.